

mundo gráfico

Miércoles, 24 de Marzo de 1937

AÑO XXVII
Número 1325
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID



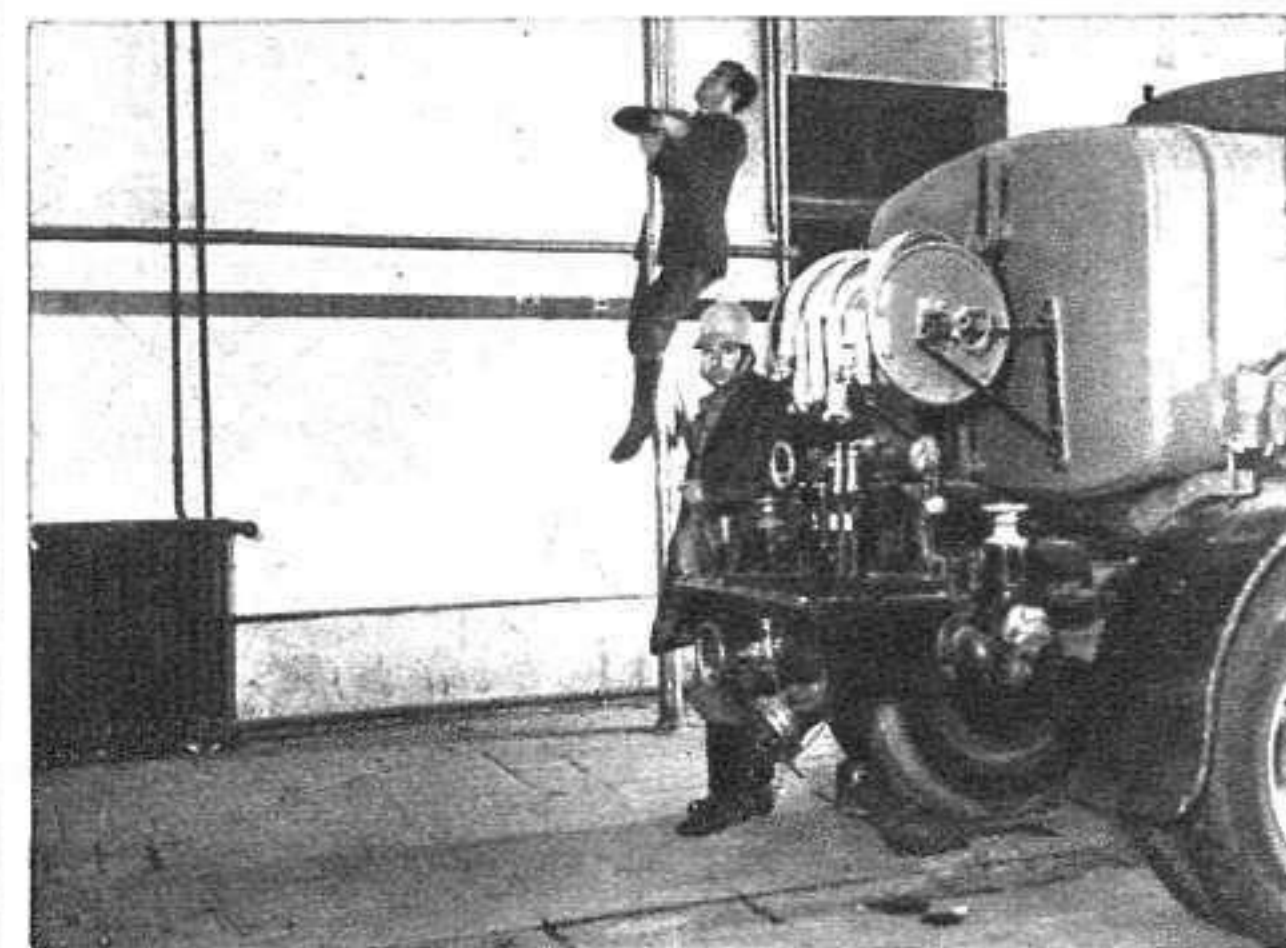
BARCELONA ante la guerra

En homenaje a los comba-
tientes, Barcelona ha eri-
gido este monumento, de
colosales proporciones, en
la plaza de Cataluña
(Fot. Torrents)



LA OTRA RETAGUARDIA EJEMPLAR

Los bomberos en la defensa de MADRID



Para los bomberos no rigen las limitaciones de horario en las jornadas de servicio. Y están dispuestos a acudir al lugar de un siniestro a la primera llamada

Como hay una retaguardia—divanes rojos del «Aquarium», tabaco rubio y «dos» naranjadas—que todavía no ha querido enterarse de que la guerra alcanza, con su resonancia, hasta las aceras amables de la calle de Alcalá, hay otra retaguardia que vive como en los parapetos cada instante de los que van haciendo la historia, ya larga, de la defensa de Madrid. Los bomberos. Para ellos, la retaguardia es también un «frente». Y muchas veces más decisivo que los frentes de las trincheras. Y siquiera para establecer el contraste, frente a aquella retaguardia indolente, es oportuno señalar aquí esta otra retaguardia ejemplar.

El elogio de los bomberos madrileños

Fué el alcalde de Madrid, el «alcalde de la defensa de Madrid», el camarada Cayetano Redondo—que pasó a ocupar el lugar bien visible de la presidencia del Ayuntamiento madrileño cuando sobre los bordes de la ciudad asomaban amenazadores los frentes del ataque enemigo—el que hizo un día, un día memorable y dramático—el elogio del Servicio de Incendios, en el que cada hombre podía servir de ejemplo para el combatiente de la retaguardia. «Con un material insuficiente para las necesidades extraordinarias que plantea una guerra que no se detiene donde comienza la población civil y cubre con las alas homicidas de sus aviones incluso las barriadas más alejadas de las líneas de fuego, los bomberos—decía—están haciendo el sacrificio de cada minuto, renunciando al descanso y a la familia en ese margen de tiempo que la obligación no podía reclamar, cumplidas ya las horas de servicio de la jornada, y acudiendo a los puntos de mayor peligro con una decisión y con un desdén ante los riesgos más fáciles que iguala, cuando no aventaja, el heroísmo y el sentido de la responsabilidad de los mejores soldados de las trincheras...»

Los bomberos actúan hoy, como siempre, dependientes del Ayuntamiento, con un director—actualmente el arquitecto municipal don Luis Martínez Díez—y dos jefes de zona, que son, desde hace muchos años, don Luis Crespo y don Angel Pingarrón. Con ellos, desde que la sublevación militar y la guerra, que pusieron en movimiento a las organizaciones revolucionarias, movilizaron otras jerarquías de autoridad social, comparte la responsabilidad del servicio un Comité de Control, presidido por el compañero Miguel Guerrero Medalla; el secretario, José Horcajo, y los vocales Ignacio de la Morena y Juan Almazán, en representación de las dos Sindicales: Confederación Nacional del Trabajo y Unión General de Trabajadores. Y es este Comité el que confirma aquellas palabras de Cayetano Redondo, en elogio de los bomberos, aunque despojándolas de su ponderativa expresión.

—Cuando empezó la guerra, el personal del Servicio de Incendios se ofreció al Gobierno legítimo para constituir un batallón armado que fuese adonde el mando dispusiera. Era para evitar la dispersión de los bomberos, que ya empezaban a alistarse en las primeras Milicias. Y algunos son hoy oficiales del Ejército, después de nueve meses de lucha. Pero el Gobierno creyó que para nosotros la obligación de combatientes era seguir siendo bomberos—dice José Horcajo.

Entonces, quizá, fué para los bomberos una contrariedad la negativa del Gobierno. Pero pronto habrían de comprender que obedecía a una bien meditada prevención.

—Hasta que la aviación fascista comenzó sus vuelos de bombardeo sobre Madrid—añade—. El primero, aquel del que resultó destruido un garage en la calle de Roso de Luna. Después, cuando las visitas de los aviones se hicieron más frecuentes, y el número y la carga de sus bombas más poderosas, ya todo el Cuerpo de Bomberos resultaba poco para lo que cada uno de nosotros hubiera querido hacer por proteger contra aquellas agresiones brutales al vecindario y a los edificios de Madrid. Y entonces nos dimos cuenta de que, como había dicho el Gobierno, también aquí tenemos los bomberos, como tales bomberos, una misión de combatientes. Y tan im-



Los aviones enemigos persiguen con sus bombas y ametralladoras a estos coches del Servicio de Incendios, que están desarrollando una labor admirable en la defensa de Madrid



Para hacerse menos visibles ante los ataques aéreos, los coches y los uniformes de los bomberos han cambiado su brillante aspecto de los tiempos de paz por una vestidura gris

portante, que hasta los dados de baja por enfermos con mucha antelación al comienzo de la guerra se apresuraron a pedir su rehabilitación y se movilizaron con unas energías que era para todos los demás, para los compañeros más fuertes y más ágiles, el mejor estímulo. En tres turnos de ocho horas está dividida nuestra jornada de trabajo. Pues ningún bombero se consideró excluido de acudir a su Parque, apenas tuvo conocimiento de un siniestro, después de cumplido el servicio de su obligación.

Los bomberos, en la defensa de Madrid

Todavía no es la ocasión de relatar, uno por uno, los actos heroicos de los bomberos en la defensa de Madrid, cuando todo el espacio de los periódicos debe cederse al lacónico prudente de las informaciones oficiales. Pero los bomberos han tenido ya repetidamente sus héroes sacrificados.

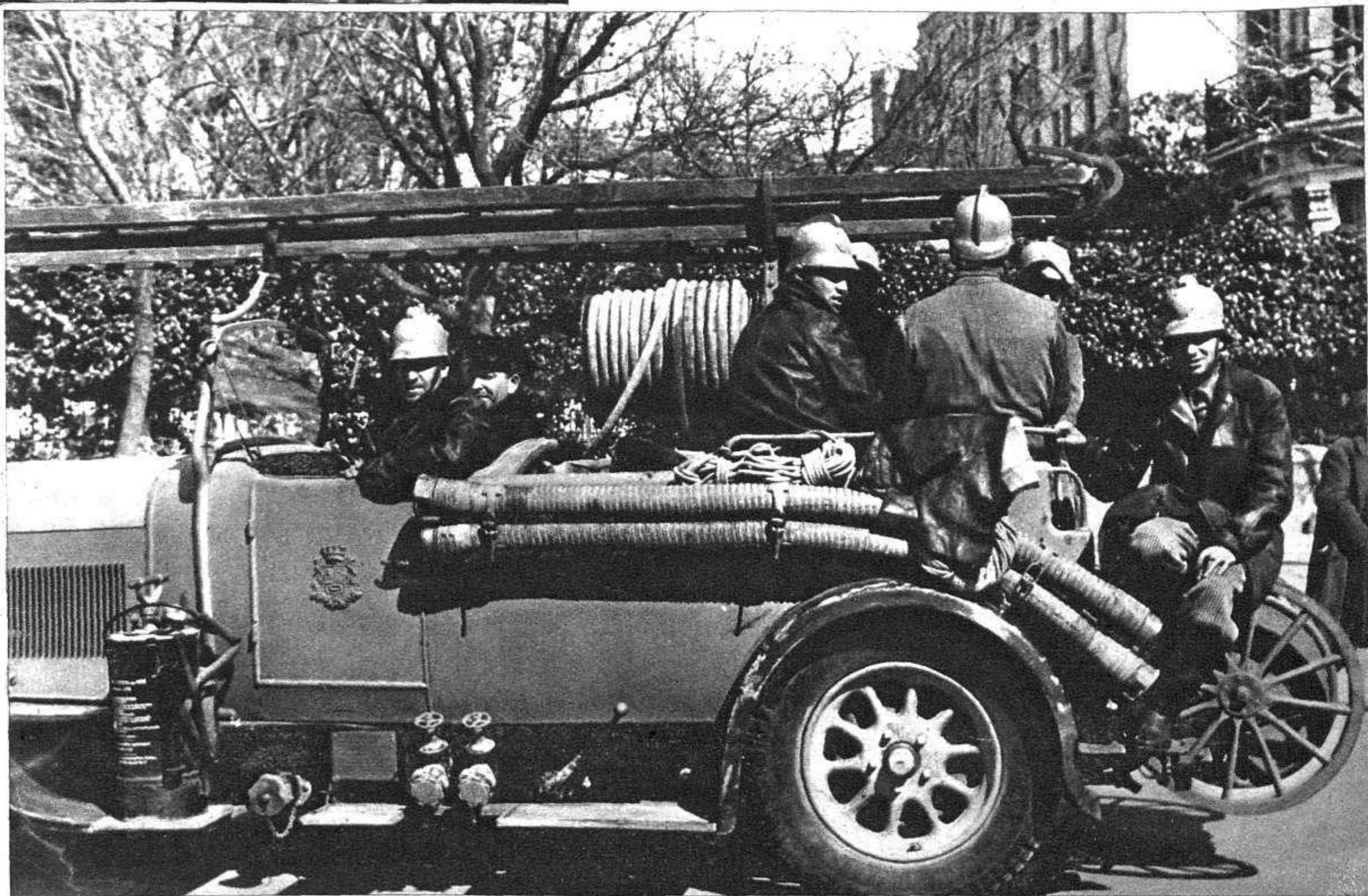
—Hemos tenido que «camuflar» nuestros coches, que, con su barniz rojo y sus dorados refulgentes, ofrecían



←Cerca del teléfono, por el que puede llegar en cualquier momento la demanda de auxilio, hay siempre un vigilante, que pone en movimiento al servicio con una sola palabra...
(Fots. Vide)

claros objetivos a las armas del enemigo. Y hoy van cubiertos de una pintura gris, lo mismo que los cascos, en los que se ha borrado todo lo que era de brillante metal. Los aviones nos perseguían, para evitar que sofocáramos los efectos de sus bombas incendiarias y que atenúáramos los daños de las de metralla, con las que pretendían sepultar bajo escombros la población civil. Se han dado casos en los que los aviones,

Los bomberos, ejemplares combatientes de la retaguardia madrileña, podrían ser los mejores narradores de toda la historia heroica de Madrid



después de soltar toda su carga, han regresado a sus bases a cargar de nuevo, para volver sobre los edificios incendiados o destruidos y ametrallarnos mientras realizábamos nuestros trabajos de salvamento... Otras veces han abierto contra nosotros el fuego de sus ametralladoras—cuentan los bomberos.

Como en... Y como en...

Los bomberos rehacen con rencor los episodios terribles de tantos ataques de la aviación contra las viviendas humildes de las barriadas más populosas. Y el espectáculo desolador del barrio de Argüelles.

¡Toda la historia de la defensa de Madrid, que aun no puede contarse como merece ser contada! Pero que, cuando sea posible, nadie como estos defensores de Madrid que son los bomberos la podrá contar...

José DE LA RIVA

JAVIER Bueno, herido en el cerco de Oviedo, ha sido operado, y quedará inválido. Javier Bueno es, para los periodistas de España, un ejemplo y un símbolo. El encarna dichosamente no sólo lo que de arma de lucha, de instrumento de guerra social y política tiene nuestra profesión, sino que es el tipo, mejor diríamos el arquetipo, del periodista profesional español: pobre, honrado y heroico.

Porque entre todas las especies de heroísmo que ha revelado la guerra hay que destacar este heroísmo cívico, callado, tenaz, hecho de sacrificios y de renunciaciones, que no sólo ahora en la guerra, sino siempre en la paz, ha acreditado el periodista en España.

Javier Bueno representa cumplidamente ese tipo del periodista político, que no gana nada con la política y a ella sacrifica su trabajo y su vida. En Javier, la pluma no ha sido nunca otra cosa que arma de combate. Empieza a esgrimirla en los tiempos, entre pintorescos y heroicos, de aquella *España Nueva*, de Rodrigo Soriaño, donde cada día y cada número significaba una batalla con la persecución policíaca y una inquietud para el entonces fiscal de S. M.

Se templó el espíritu de Javier Bueno en aquel periodismo guerrillero, y ya toda su vida habría de discurrir bajo este signo. Rebelde por temperamento, romántico por el corazón, fuerte, sereno, ajeno a todas las tentaciones de la concupiscencia, la vida de Javier Bueno es una limpia línea recta, una flecha lanzada diestra y fuertemente hacia la diana donde con blanco luminoso de porvenir irradiaban ideales de justicia, de fraternidad, de libertad humanas.

Un agitador. Agitador de conciencias, de multitudes, de ideas. No se puede pedir más noble misión a un hombre de pluma. La pluma que no sirve para remover posos de injusticia, para sostener banderas de libertad, para despertar inquietudes ideales en el alma de sus lectores, no sirve para nada o es instrumento servil de adulación.

Una vida austera y heroica

JAVIER BUENO o el periodista

Una de las enseñanzas, acaso la más fecunda de la guerra, es la de haber realizado, justificado, la condición y la utilidad de la profesión periodística. La guerra ha creado el Ministerio de Propaganda y Prensa, función de enorme trascendencia que estaba demasiado abandonada. La República, que advino por un hondo movimiento intelectual, por disconformidad con la Monarquía de los hombres dedicados a las actividades del espíritu, descuidó, sin embargo, como cosa baladí, la influencia enorme que sobre el pueblo había de ejercer la Prensa, la literatura, la palabra, en suma.

Y es por la palabra por la que se realizan los grandes hechos. La República, que lo fué improvisando todo, con tanto entusiasmo, descuidó con ingenua ligereza esa misión honda y alta, de decisiva trascendencia, que la Prensa ejerce sobre el pueblo. Los grandes periódicos siguieron perteneciendo, más o menos dismu-

ladamente, a los *truts* financieros, a la gran burguesía derechista, a los enemigos tradicionales del nuevo régimen.

La guerra, deslindando dramáticamente los campos, ha hecho tabla rasa de esos emboscamientos y adhesiones ficticias.

Se le ha dado, con las necesidades de la lucha, todo su verdadero valor a la Prensa. Artículo de primera necesidad y arma de guerra imprescindible. Se ha formado un Ministerio para representarla. La propaganda, en la guerra, exige una organización, una dirección, una destreza y un tino para emplearla, semejante al necesario para dirigir la operación bélica de mayor envergadura. Una buena campaña de Prensa es de tan fecundos resultados como una feliz acción artillera; las plumas saben ganar batallas tan preciadas como las de los cañones.

Y el periodismo, las fuerzas intelectuales, exigen tan suprema y fina atención como las Milicias de vanguardia. Tienen, como ellas, sus héroes y sus víctimas. Son ejemplos y símbolos. Luis de Sirval, con su trágica muerte; Javier Bueno, con su estoicismo abnegado, con su formidable fortaleza espiritual, fueron banderas magníficas para el triunfo del Frente Popular.

La invalidez de Javier Bueno es la culminación de una vida consagrada al periodismo, por una vocación honda al servicio de una espiritualidad insobornable, plena de capacidad para el sacrificio, matizada del mejor heroísmo, callado, sufrido, que no exige laureles ni granjerías.

La vida de Javier Bueno, su ímpetu luchador, su culta y fina serenidad en el riesgo, su austeridad imponderable, su lealtad a las ideas, su solidaridad con toda causa justa y humana, su férrea voluntad y su ánimo templado en la pobreza, en el estudio y en la abnegación, constituyen un timbre de orgullo para nuestra profesión, un ejemplo admirable a seguir y una lección para todos.

JUAN FERRAGUT

Industrias de guerra

Lámparas y bombas de mano

El Comité responsable de la fábrica, integrado por compañeros de todas las organizaciones sindicales



Las obreras de la fábrica han aumentado voluntariamente las horas de trabajo



Antes de empaquetar las lámparas, obreros especializados realizan una escrupulosa selección



En una amplia nave de la fábrica comen a diario, por una módica cantidad, más de trescientos obreros (Fots. Videá)

parte de la fábrica la hemos destinado a la producción de material de guerra. Aquella parte de la maquinaria susceptible de ser transformada para esta clase de fabricación está rindiendo ya servicio, sin descuidar nuestra producción primitiva.

En una de las secciones, unos extraños aparatos, manejados hábilmente por manos femeninas, van creando y acoplando los distintos elementos de las bombillas incandescentes: el hilo sutil que ha de ser luz, los frágiles tubos de cristal, la bomba de vidrio fino. Cuando el acoplamiento ha terminado, las lámparas de todos los tamaños y potencias, desde la minúscula de las linternas de bolsillo hasta los enormes reflectores, quedan automáticamente empaquetadas. Pero antes, una obrera, con mirada ágil y rápida, hace una revisión minuciosa para apartar las imperfectas.

—Mira—nos dice una encargada de la sección—: ¿sabes por qué hemos considerado defectuosa esta bombilla? Luce como las demás. No le falta nada. Pero el casquillo de arriba no tiene el borde perfectamente horizontal. Por esta simple cuestión de estética la hemos retirado. Queremos ser exigentes en nuestro trabajo. Y esta exigencia es nuestro mayor orgullo.

—¿Con qué jornada trabajáis?

—Con la intensiva, como es natural y obligado en estos tiempos. Antes, nuestro trabajo era de cuarenta y cuatro horas semanales. Ahora comprende cincuenta y tres. Incluso los domingos está funcionando la fábrica hasta la una de la tarde. Y en muchos casos, el trabajo es aun mayor por propio impulso de los compañeros, dispuestos a rendir todo su esfuerzo en la labor común.

En otra dependencia, habilitada para producción de guerra, está el Comité de la fábrica. Le forman los compañeros Enrique Mateos, Miguel Asensio, Manuel Martín, Francisco Montá, Antonio Cela, Florentino Moreno y María Rodríguez.

María Rodríguez va y viene por entre las máquinas en marcha. Sus compañeros de trabajo la llaman cariñosamente «nuestra mascota». Es una madrileña vivaracha, de grandes ojos negros. Se nos acerca con una bomba de mano entre los dedos finos.

—No os asustéis. Está vacía.

Es la fabricación a que están destinadas las máquinas que braman junto a nosotras. Entre las manos cuidadas de María pasan las falsas piñas de hierro con una rapidez extraordinaria, al ritmo del latido fuerte de unas limas voraces.

Entre tanto, uno de los compañeros del Comité sigue explicándonos el desenvolvimiento de la fábrica:

—Nuestra labor ha tendido a mantener los precios antiguos. Nuestro propósito no es de especulación, sino simplemente está encaminado a subvenir a las necesidades de nuestros compañeros. Hemos mantenido también los jornales que tenían hasta ahora, fomentando el estímulo de cada uno en el sentido del impulso en el trabajo, dejando a un lado todo aspecto de egoísmo. Para ello hemos respetado los jornales altos de cuantos habían demostrado una mayor capacidad, estimulando, al mismo tiempo, a los demás para que se pongan a su altura.

Por una escalerilla frágil hemos descendido a una galería excavada en la tierra, como una mina. Es amplia y en muchos lugares, ya terminados, confortable. Trabajan en ella un número crecido de obreros.

—Este refugio ha sido también iniciativa nuestra. Nosotros tuvimos la idea de construirle a nuestras expensas, aportando el esfuerzo de todos los compañeros de la fábrica, y así lo hicimos presente a la Junta de Defensa. A la Junta le gustó la idea y la amplió. Con esto lograremos que tenga capacidad para unas tres mil personas. Constará de cámara antigás y de neutralización de explosivos, y dentro de pocos días estará terminado.

Nuevo recorrido por otras dependencias de la fábrica. En la de material de guerra sigue María pasando el rosario de las bombas de mano. Queremos hacerle otras preguntas; pero nos detiene con un gesto, sin desatender su labor.

Luego, seria, terminante, como un remache más de su máquina, nos dice:

—No molestes, compañero, que estamos trabajando.

ANTONIO OLERO SECO

HACE un momento que, con la una del reloj, sonaron las sirenas de la fábrica, y el comedor se ha llenado rápidamente. Es una amplia galería llena de sol y de risas. Grupos de obreras, por secciones, van y vienen por entre las mesas sirviendo la comida a sus compañeros. En la extensa galería hay un gustoso tufillo de cocina sabrosa.

—¿Qué comen?

Uno de los responsables que nos acompaña en la visita a la fábrica, explicándonos amablemente toda su vida interior de trabajo y de esfuerzo, nos lo explica:

—Ahora, repollo. Luego vendrá el postre. ¿Y sabes lo que le cuesta esta comida a cada compañero? Sesenta céntimos.

En la galería hay unos trescientos obreros. De ellos,

más de la mitad son mujeres. Jóvenes que en este breve tiempo de la comida se desquitan del esfuerzo y el silencio de todo el día llenando de risas y de conversaciones tumultuosas la habitación. Permanecen en el comedor el tiempo indispensable para engullir la comida. Luego bajan la escalera, con su menudo andar de pájaro, y se vuelven otra vez a su puesto de trabajo, al diálogo mudo con las máquinas roncadas, con las poleas veloces, con las ruedas nerviosas.

(Estamos en una fábrica de lámparas de alumbrado. Una fábrica poseedora de una marca famosa que se ha asomado muchas veces a la ventana publicitaria de las páginas de los periódicos.)

—Seguimos produciendo bombillas incandescentes —nos dice el responsable de una de las secciones—; pero



← El reparto, en una dependencia del Ministerio de la Guerra, de las órdenes que los muchachos del Batallón han de hacer llegar con toda urgencia a su destino

Un grupo de corredores del Batallón Ciclista sale para repartir unas órdenes del Estado Mayor
(Fots. Videal)

LA UTIL COLABORACION DEL DEPORTE

El Batallón Ciclista ENRIQUE MALATESTA



La guerra necesita de todas las energías, de todas las aptitudes. Justo es reconocer que, por parte del pueblo, tiene todas las colaboraciones. En estas horas nadie puede decir que su trabajo, sea cual fuere su índole, puede permanecer ajeno a la contienda en que se decide el futuro de España. Hasta la profesión absolutamente más alejada de la influencia bélica presta hoy un servicio de guerra, pues aunque sea distraer las breves y bien ganadas horas de ocio de la retaguardia, representa una función trascendental y eficaz.

En estos últimos tiempos, los profanos del deporte, cuando veíamos a los muchachos enzarzados en rudas competiciones ciclistas, sonreíamos un poco irónicamente. Verdaderamente no entendíamos la utilidad práctica de esas carreras ciclistas de veinticuatro horas, ni aun la misma Vuelta a España. A estas alturas—pensábamos—, cuando existen la moto, y el automóvil, y la aviación, que devoran centenares de kilómetros con toda comodidad, ¿para qué sirve que un hombre demuestre que es capaz de correr treinta o cuarenta kilómetros pedalando frenéticamente, para transportar con máxima fatiga no sólo su propio peso, sino, por añadidura, el de una máquina?

Mas he aquí que llega la guerra, y los aficionados a «la burra», los ciclistas espontáneos, toda esa muchachada que los domingos invadía las carreteras, convierte su afición y su entusiasmo deportivo en colaboración brillante, en servicio utilísimo para la guerra.

Un deportista entusiasta y gran aficionado al pedal, además de un ferviente militante de la C. N. T., el camarada Miguel Viribay, tuvo la excelente idea de fundar el Batallón Ciclista Enrique Malatesta.

Muchachos de todos los oficios, de todos los Sindicatos y partidos políticos acudieron a enrolarse. Lo que era

deporte y entretenimiento se convirtió en servicio de gran utilidad. El Batallón Ciclista tiene hoy secciones destacadas en todos los departamentos oficiales y en los frentes.

Una de las secciones que realizan más intenso trabajo es la destinada al servicio del Estado Mayor del Ministerio de la Guerra.

José Iturria, responsable de esta sección, nos habla de la actuación de sus ciclistas.

—En nuestro Batallón—nos dice—todos son voluntarios. Y casi todos, madrileños natos, aficionados al pedal, procedentes del Velo-Club Portillo, corredores profesionales y amateurs de otras muchas Sociedades.

—¿Qué trabajo realizan?

—El reparto de órdenes del Estado Mayor en el interior de Madrid y en las avanzadillas. Los más importantes son los servicios de enlace. En todos los frentes hay ciclistas, y tenemos la satisfacción de saber que el Mando está satisfecho de nuestro trabajo.

—¿Qué número de servicios se prestan diariamente en esta sección?

—Aproximadamente, unos trescientos, entre el día y la noche, pues nuestro servicio es permanente. Todos los muchachos—es de justicia reconocerlo—rivalizan en cumplir sus misiones con la máxima prontitud. El espíritu de record que les animaba en la paz da sus frutos ahora. Hay ocasiones en que unas órdenes emanadas del Estado Mayor han llegado a la par a sus distintos destinatarios en muy pocos minutos, a pesar de haberse tenido que ir a los extremos de Madrid y aun a los frentes más próximos.

—¿Son frecuentes los accidentes?

—Abundan más de lo que fuera necesario. Y casi

siempre a causa de atropellos. En la guerra, como en la paz, el ciclista es la víctima del automóvil.

—¿Hay corredores destacados en el Batallón?

—Bastantes. Aquí tenemos a Andrés Costau, que fue elegido para la carrera de selección de los Juegos Populares de Barcelona, y que había hecho los cien kilómetros de la Vuelta al Escorial en dos horas y cuarenta y siete minutos. También están enrolados varios profesionales clasificados deportivamente en primera y segunda categoría, como Martín, Santos, Domingo, Ortiz y otros más.

—¿Tendrán todas buenas máquinas?

—Cada uno ha aportado la suya, dando pruebas de un gran desinterés, y hasta se ha dado el caso de que un muchacho, al que se le destrozó la bicicleta en un servicio, se ha costeado otra nueva de su bolsillo particular. Ahora se está gestionando la ayuda oficial en este aspecto, pues como el trabajo es muy intenso, son frecuentes los desperfectos y roturas de máquinas, y los muchachos, atentos a su sueldo de milicianos, no pueden costear las reparaciones.

Interrumpe el diálogo la llegada de un ordenanza, que trae un voluminoso paquete de sobres con órdenes. Rápidamente se llena el despacho de ciclistas, prestos a recibirlos. El responsable las clasifica rápidamente y las reparte. Inmediatamente salen todos, saltan sobre sus máquinas y se lanzan como flechas a la calle. Los bravos muchachos del pedal, orgullosos de su misión, corren como en la más vanidosa prueba deportiva, ansiosos de batir el record. Y el premio ahora no es la copa brillante ni la prima cuantiosa. Es algo más hondo y más fecundo: la satisfacción interior de ser útiles a la causa del pueblo y de España.

Labor heroica y abnegada de los Comisarios de Guerra

EL TEATRO, LA POESÍA Y LA PROPAGANDA

SANITARIA EN LAS TRINCHERAS



Un comisario explicando sobre el terreno de la lucha sus observaciones y decisiones

Un grupo de cantadores flamencos, que se llaman «Los Faraones Antifascistas», alegran las horas libres de nuestros soldados, y el guiñol satírico «La Tarumba» realiza también una buena labor en la vanguardia y en la retaguardia.

No acaba aquí la relación de trabajos al servicio de la guerra organizados por el Subcomisariado de Propaganda. Aun hay muchos más, de entre los que Maroto nos dicta los siguientes:

—Manifiestos destinados a las filas enemigas, para ser arrojados desde los aviones o lanzados por medio de cohetes; ediciones de hojas de propaganda, con objetivo cultural o de difusión de medidas sanitarias y de higiene; publicación de folletos y libros de carácter literario, como esas magníficas *Poemas de la guerra*, de Pedro Gartias, el gran poeta andaluz, actual comisario del Batallón Villafranca, etc., etc.

Maroto, con el pie en el estribo del automóvil que ha de llevarle a recorrer los frentes próximos, nos habla de la defensa de Madrid:

—Se ha dicho muchas veces que nuestra capital será la tumba del fascismo. Lo está siendo ya. Mi impresión de estos frentes no puede ser mejor. El heroísmo de Madrid nos llevará a ganar la guerra.

A. O. S.

GABRIEL García Maroto—un pintor castellano, andariego, para el que son familiares la mayoría de las rutas del mundo—estuvo consagrado, hasta el 18 de Julio, a «Imagen». «Imagen», su creación revolucionaria en el sector de la Pedagogía, la Casa-Escuela del Sordomudo, era una réplica en Madrid de aquellas otras que Maroto fué regando por pueblos y ciudades de Cuba y de Tierra Caliente. Fruto de sus trabajos pedagógicos fué aquella Exposición celebrada en una de las salas del Museo de Arte Moderno, que tan vivos comentarios elogiosos levantó, y sus campañas periodísticas en pro de un concepto moderno en la enseñanza oficial de los anormales. Pero el 18 de Julio estalló la sublevación militar, y Maroto, socialista desde su niñez campesina, se incorporó a la vanguardia de los luchadores en defensa de la causa del pueblo. Junto a su hijo, un adolescente que ya sigue con paso firme las huellas paternas, luchó en vanguardia desde el primer momento. Luego, el día 9 de Noviembre, le hirieron a las puertas mismas de Madrid. Se reñía una dura batalla junto al lago de la Casa de Campo, cuando observó Maroto en los soldados leales un momento de indecisión ante el empuje en grandes masas del enemigo. Y como había que tomar una posición de importancia y que dar ejemplo, Maroto, sereno, erguido ante la cortina de balas del otro lado, avanzó solo hacia el objetivo señalado por el mando, hasta que los demás le siguieron. Un balazo le tumbó en tierra. La herida era grave, y hubo de ser hospitalizado en Valencia. Aun convalece de aquella herida, que le tuvo entre la vida y la muerte durante muchos días.

Pero Maroto, a pesar de la herida, no se resigna a la inactividad. Cuando Pestaña, encargado del Subcomisariado de Propaganda del Comisariado General de Guerra, pasó como subcomisario de Estado Mayor, fué designado Maroto para sustituirle. Ahora, en funciones de su cargo, el pintor andariego está recorriendo el frente de Madrid.

—Para—nos ha dicho—observar atentamente hasta qué punto pueden mejorarse los servicios actuales de cultura cerca de nuestros soldados y la creación de otros nuevos. Cuando termine esta labor volveré a Valencia, donde haré un informe minucioso, y luego seguiré recorriendo los demás frentes de guerra.

—¿Cuál es tu impresión del frente de Madrid?

—Magnífica, por la alta moral de nuestros combatientes, por lo bien trabados que están todos los servicios y por la cohesión que existe entre el Mando, los co-



«La Tarumba», guiñol satírico, al servicio de la propaganda en los frentes y en la retaguardia

Una página de «El Comisario», editado por la Subcomisaría de Propaganda

misarios políticos y la tropa. Aquí, como en los demás frentes, la magnífica labor de los comisarios de guerra está dando frutos magníficos. El rendimiento de nuestros comisarios es algo superior a toda ponderación, y en esa labor descansa gran parte de la futura victoria. A veces me pregunto qué hubiera sido de la guerra sin los comisarios políticos, verdaderos forjadores del alma del soldado antifascista, héroes ejemplares de la causa del pueblo. El número extraordinario de comisarios caídos en la lucha lo demuestra. El caso de Eduardo Belmonte resume todas las virtudes de sus compañeros. Belmonte era comisario político de la 8.ª División. En una de las duras acciones libradas en el sector del Jarama encontró una muerte heroica cuando iba en socorro de un compañero herido. Sus últimas palabras fueron éstas: «He sido el primero en avanzar y el último en retroceder. He cumplido con mi deber de comisario.»

—¿Qué aspectos abarca el Subcomisariado de Propaganda?

—Muchos. Nuestra labor no se circunscribe exclusivamente a los frentes, sino que se enfoca también hacia la retaguardia. Hemos creado un boletín bisemanal, con el título de *El Comisario*, de información y enlace, al servicio de los comisarios delegados de Guerra, y un diario—*Unión*—para las zonas enemigas, que se arroja desde aviones sobre las trincheras facciosas. También tenemos otro periódico diario—*Vanguardia*—, que destinamos a los soldados leales. Cuatro Compañías de teatro, creadas por nosotros, recorren los frentes de lucha.



MILICIANO DE GUARDIA

Muerte que estás escondida en la noche,
no me das miedo
Si es que te asustan la noche y las sombras
yo iré a tu encuentro.
Hoy o mañana vendrás a buscarme,
y me hallarás como siempre en mi puesto.
No lograrás alterarme los pulsos
ni quebrarás el compás de mi pecho.
Sé a lo que vine, por eso te busco;
sé a lo que vine, por eso te espero.
Bajo la guardia febril de mis ojos
mil corazones palpitan serenos.
Te venceré porque soy el más fuerte.
¡Tú eres la Muerte! ¡Yo soy el Pueblo!

PEDRO GARFIAS

Comisario delegado de Guerra

Este número ha sido visado por la Censura

La casa en que vivió, lloró y creó León Tolstoi

De la muerte del hijo a las cuartillas de «Resurrección»

El recuerdo emocionado del escritor

BARRIO de Khamovniki, en Moscú. Y en él, el callejón de Tejedores, ahora Tolstovski: un lugar que cambió su nombre tradicional para tomar el del escritor que allí vivió y creó durante cerca de veinte años. En este sitio se funden, a la vez, los ecos de la vieja Rusia y de la Rusia nueva. En el Tolstovski están, por ejemplo, la iglesia de San Nicolás Taumaturgo—levantada en el siglo XVII por los artesanos de la barriada—y La Rosa Roja, que es una modernísima fábrica de sedas.

La Casa de Tolstoi está hoy convertida en museo. En ella se conservan amorosamente las huellas de su habitante glorioso, como si éste viviera todavía allí. Es una construcción de madera, próxima al muro de la calle, destacada sobre el fondo de un jardín muy amplio y frondoso, aunque no conserva ya toda la extensión que tuvo en los días de Tolstoi. Para dar idea de la magnitud del jardín, basta recordar el hecho de que el gran escritor paseaba por él a caballo frecuentemente.

Se entra a la casa por una plazoleta, en la que están el pabellón de la portería, las cocheras y caballerizas y las habitaciones de la servidumbre. Todavía hay en la vivienda del portero, entre el doble vitral de las ventanas, los algodones—no renovados desde hace tiempo—que ayudan a defender las habitaciones contra el frío. Todo en esta finca, llena del recuerdo de Tolstoi, tiene una fuerte emoción humana, de cosa que guarda aún latidos de vida.

Donde Tolstoi escribía muchas obras

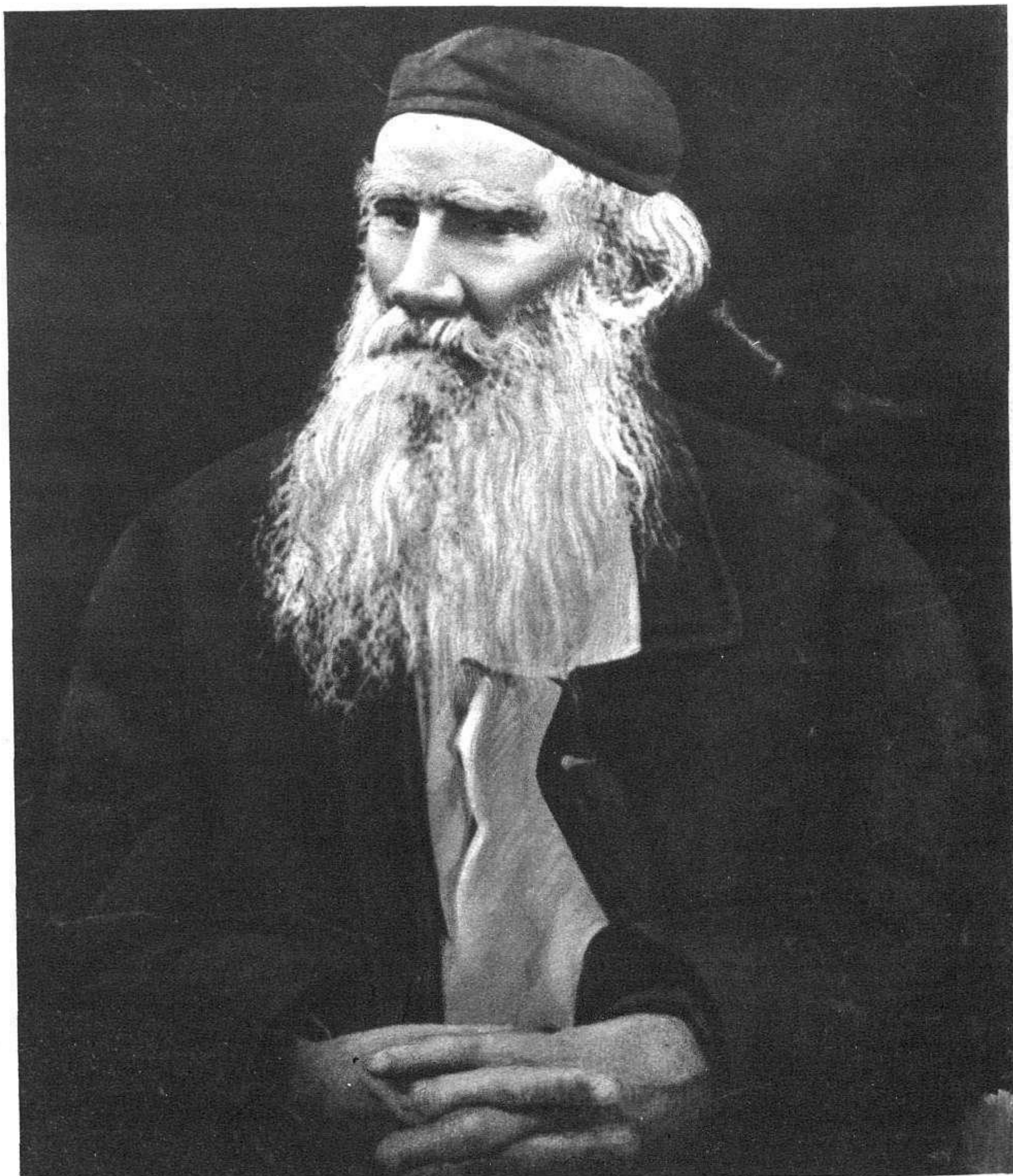
La vivienda principal. Un vestíbulo. De éste se pasa al comedor, lleno de un suave ambiente familiar. La vieja vajilla reposa en los anaqueles del aparador. Un reloj de cuco, que sigue dando las horas. El pajarillo del reloj continúa saliendo cada hora, pero ya no encuentra en la estancia a los que tantas veces vió allí.

Del comedor se pasa a un saloncito, en el que hay un billar romano. Es una estancia muy «fin de siglo». Quinqués envejecidos y un álbum—monograma de plata, tapas de terciopelo azul—con fotografías patinadas ya por el tiempo.

En la alcoba hay, junto a la ventana que da al gran jardín, un bufetillo con papeles, notas, cuadernos de apuntes. Allí, cuando el tiempo no era bueno para trabajar al aire libre, cuando no quería molestarse en subir hasta su despacho, escribía León Tolstoi muchas veces. Allí, además, estaba cerca del cuarto de su hijo Juan: el cuarto—lleno de conmovedora emoción—en que están la cama del niño, sus juguetes, sus libros, su mesa de estudio.



Un rincón de la casa de Tolstoi



La expresión grave y patriarcal de León Tolstoi

El despacho

El despacho. Hay, en una habitación previa, unos armarios en los que todavía se guardan ropas de Tolstoi. Batas, camisas, zapatillas: la intimidad doméstica del escritor. A Tolstoi le gustaba el trabajo de zapatería: hay aquí unos útiles de este oficio y unas botas hechas por él.

La mesa del despacho es amplia. Hay un gran sofá, unas butacas, una sillería de gutapercha embotonada. Libros, papel de cartas, fotografías de escenas y rostros hundidos en la muerte. Y en todo ello, como una huella de vida aún, como si tras aquellos objetos inanimados palpitase todavía una sensibilidad creadora.

Las habitaciones altas de la casa

En toda la parte baja de la casa—junto al jardín, junto a la tierra...—vivía Tolstoi. Es la parte más humana, más vital de la casa. Arriba están las habitaciones de lujo, de recepción, de decoración. El gabinete de la condesa, con el tapiz que ella misma bordó. El salón en que recibía a sus amigos.

En el comedor de gala, la mesa está dispuesta con todo su servicio, como en espera de unos desconocidos invitados. Hay, en un extremo, un piano Becker, y sobre su tapa, una partitura de Beethoven. Cerca, la mesa de ajedrez.

En el resto de la casa, alcobas, cuartos de estudio, armarios con galas y ropas de hace muchos años. Melancolía de lo viejo, de lo que un día fué vida y triunfo, y hoy es solamente seda desteñida, reliquia melancólica.

Las habitaciones de Tolstoi dan al jardín. Era en éste donde él vivía sus horas mejores: las de descanso y las de trabajo. En el parque, cercano a la casa, hay un templete de traza neoclásica, con una inscripción que destaca ante el visitante el alto valor sentimental del pabellón. Allí escribió León Tolstoi la mayor parte de *Resurrección*.

El culto tolstoiano en Moscú

No es sólo este edificio el que en Moscú recuerda la poderosa personalidad de Tolstoi. En la calle Kropotkin está instalado, en un bello edificio estilo Imperio, el Museo que lleva el nombre del gran escritor. En él están coleccionadas las obras de arte—cuadros, grabados, esculturas—que se refieren a su vida o a su labor. Hay también ediciones raras de sus libros. Y muchos manuscritos.

Una de las salas, llamada la Cámara de Atapovo, es una reproducción minuciosa y fiel de la estancia de la estancia férrea en que Tolstoi halló la muerte.

El drama del escritor

Sin embargo, el Tolstoi verdadero, el más humano, es el de la casa del callejón antiguo de Tejedores. A través de esas estancias, en ese parque, se le siente torturado por sus hondas inquietudes, lleno del anhelo de una vida mejor, henchido de amor a la Humanidad. Se sienten su corazón y sus sueños. Y se siente el profundo drama que para él significó la muerte de su hijo Juan. Allí, junto al cuarto en que el escritor trabajaba frecuentemente, estaba la estancia del chiquitín, en la que se conservan aún, juntos, sus últimos juguetes y sus primeros libros.

Todo el fervor y toda la ilusión de Tolstoi estaban puestos en aquel hijo. El le había dado vida. Ahora tenía que darle un alma, formarle una inteligencia y una sensibilidad, educarle en los mismos anhelos que él sentía emocionadamente en su espíritu. La muerte se llevó todo al llevarse al chiquillo que aun no había salido de su infancia.

Esta catástrofe en la vida de Tolstoi—el derrumbamiento de sus mejores anhelos—parece palpar, viva y dramática, en el cuarto del niño, sobre sus juguetes y sus libros. Allí, más que en ninguna otra parte, está el corazón de Tolstoi, trémulo y desgarrado.



En el jardín de la Guardería, los niños juegan felizmente, ajenos a la gran tragedia que está viviendo España

VALENCIA

Los hogares creados en el Extranjero por la retaguardia Valenciana para los hijos de los combatientes

← Una huerfanita de la guerra. La chiquilla encuentra en el Hogar Infantil brazos de amor que atenúan su tremenda desgracia



← En sus nuevos hogares, los chiquillos encuentran pan y ternura, lejos del drama de sus pobres casas destruidas por la guerra...



← Un grupo de muchachos, hijos de los milicianos que combaten en los frentes madrileños, en el tren que les conduce a su lugar de destino



Los chiquillos de los combatientes tienen hogar y tienen escuela. He aquí un grupo de niños durante una clase al aire libre (Fots. Vidal Corella)

La labor intensa del Gobierno en favor de los niños, la atención constante que éste y las instituciones oficiales bajo su orientación prestan a todo cuanto contribuye a la obra de tutelar a los niños, tiene en este momento una expresión más en el hecho de ampliar el número de las personas encargadas de la asistencia infantil.

Los dispensarios infantiles, las cantinas escolares, las guarderías, las escuelas-sanatorios, los jardines de la infancia, parques infantiles, hogares de la infancia (aque- llos tristes asilos terriblemente antipáticos para la vida del niño), son centros donde la infancia tiene magnífica protección y auxilio. Porque el Gobierno de la República tiene especial atención por los niños, para los cuales se está luchando en esta enorme guerra. Para ellos será el mañana esplendoroso que se está en estos momentos construyendo.

En todas las instituciones infantiles se lucha para apartar de esa batalla de odios y rencores que es la guerra. Se procura que los niños se aparten totalmente de todo pensamiento guerrero. Grupos de niños, entre los que están muchos de los acogidos, procedentes de Madrid y otros lugares de los frentes de guerra, juegan y ríen bulliciosos. Las guardadoras les acompañan en los juegos, y son, entre los pequeñuelos, como unos niños más, como unos niños mayores que les prestan su cordial solicitud.

Las criaturas desbordan su algarabía feliz, en ese mundo de su propia inocencia, apartados de la actual tragedia española, de la que les aleja la protección del Gobierno y la ternura de las guardadoras.

Se quitó desde el primer momento aquella separación de sexos en los asilos, aquello de los niños a un sitio y las niñas a otro. Aquella separación absurda y sólo digna de mentalidades oscuras, que creaba en el instinto de los muchachos todo lo contrario de lo que en ella se proponía.

Se atiende con solicitud cariñosa a los niños; están suprimidos los castigos corporales, las frases o motivos de mofa, los relatos llamados «de miedo»; todo aquello, en fin, que pueda conturbar el ánimo del niño. Por eso éste es feliz.

El hecho de la colaboración que los partidos políticos y las sindicales obreras prestan a la obra del Gobierno de la República española tiene en estos momentos una expresión más en una plausible iniciativa del Consejo Unificado de Trabajadores Municipales de la provincia de Valencia (U. G. T.-C. N. T.), quien ha creado en el Extranjero unos hogares infantiles, en los que serán cobijados los huérfanos de trabajadores de los Municipios nacionales enclavados en la zona adicta al Gobierno, de esos obreros que han encontrado la muerte gloriosa en su lucha por la independencia y las libertades españolas.

Uno de los puntos básicos para el rápido desarrollo de estas expediciones de niños al Extranjero es el de disuadir a las madres de los huérfanos del arraigado prejuicio de su inquietud sobre una posible pérdida de la relación inmediata con sus hijos.

Por eso el Consejo Unificado ha comenzado por crear la ficha internacional, con la que se ofrece la mayor garantía para las madres.

Para este objeto se presentan seis fotografías de cada niño que sale en la expedición. Estas fotos son distribuidas del modo siguiente: una, para la madre o persona que ejerce la patria potestad sobre el niño; otra, para el Ministerio de Sanidad; otra, para el Consulado del lugar de destino; otra, para la persona que dirija el hogar receptor; otra, para la Sociedad de Naciones, y otra, para el archivo del Consejo Unificado.

De este modo, y en todo momento, está garantida la personalidad del niño expedicionario, que así, y aun en el caso de las mayores eventualidades, no podrá sufrir extravío ni podrán, en cuanto a él, existir dudas respecto a su lugar de residencia.

Atendiendo a los ofrecimientos recibidos, la primera expedición de huérfanos tiene como punto de destino la ciudad francesa de Nimes o la de Montpellier.

Como estas expediciones cuentan con la acogida efectiva del Gobierno, las personas que acompañen a los niños serán designadas por el Ministerio de Sanidad.

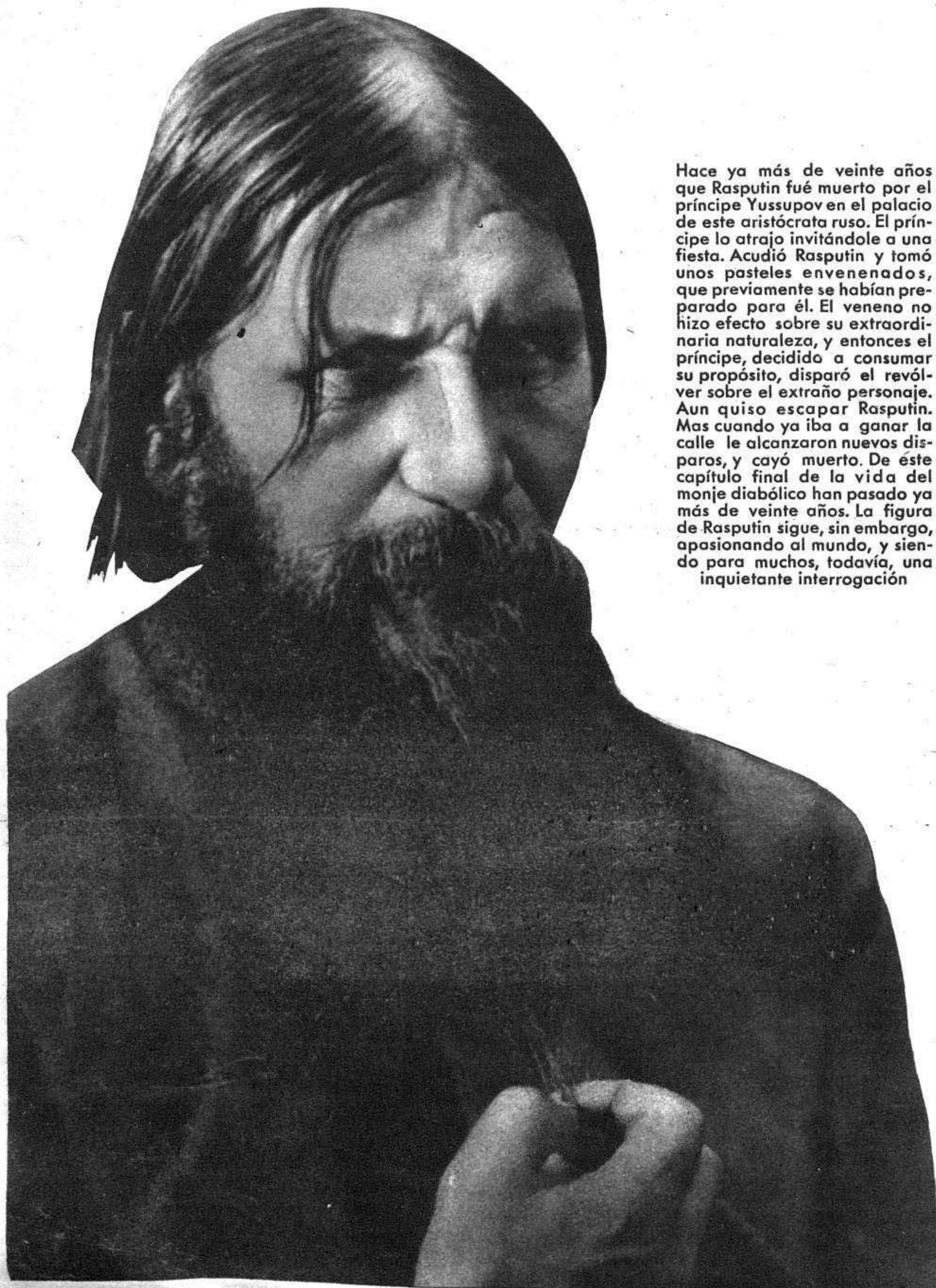
En los hogares a que vayan destinados los niños tendrán éstos una completa asistencia doméstica, así como las atenciones médica y escolar, y se les facilitarán los medios de correspondencia para comunicarse con sus familias respectivas.

En cuanto el Consejo Unificado de Trabajadores Municipales de Valencia inició sus actividades en este asunto, estableció un orden de prelación en atención a aquellos niños cuya protección se considera más urgente, y es obvio añadir que en esta prelación ocupan el primer lugar los huérfanos de los trabajadores del Municipio de Madrid, porque han sido los más castigados por la cruel agresividad de la aviación fasciosa.

No obstante la gran actividad desplegada por el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, todos los organismos sindicales colaboran eficazmente en esta función tan humanitaria del Gobierno, aprovechando la relación de estos organismos con los Sindicatos similares extranjeros, que a este fin han ofrecido su solidaridad y su hospitalidad generosa.

EL ULTIMO DIA DEL MONJE DIABOLICO

Cómo marchó Rasputin hacia la muerte



Hace ya más de veinte años que Rasputin fué muerto por el príncipe Yussupov en el palacio de este aristócrata ruso. El príncipe lo atrajo invitándole a una fiesta. Acudió Rasputin y tomó unos pasteles envenenados, que previamente se habían preparado para él. El veneno no hizo efecto sobre su extraordinaria naturaleza, y entonces el príncipe, decidido a consumar su propósito, disparó el revólver sobre el extraño personaje. Aun quiso escapar Rasputin. Mas cuando ya iba a ganar la calle le alcanzaron nuevos disparos, y cayó muerto. De éste capítulo final de la vida del monje diabólico han pasado ya más de veinte años. La figura de Rasputin sigue, sin embargo, apasionando al mundo, y siendo para muchos, todavía, una inquietante interrogación

Rasputin espera

Las horas pasan lentamente para Rasputin en el largo día de invierno. Nunca como hoy sintió en su espíritu tan aguda la impaciencia. Quisiera que las manillas de los relojes se adelantasen, que fuese ya la hora marcada. Pero los minutos siguen su marcha inexorable y fatal de siempre, y sólo el deseo impaciente de Rasputin avanza frenéticamente por ese camino del tiempo.

Está solo, recreándose en la voluptuosidad de lo que espera. Su corazón es una brasa, que se asoma a los ojos dominadores y a los labios ardientes. Asistirá esa noche a la fiesta en el palacio de los príncipes Yussupov. Habrá sonar alegre de balalaikas canciones de nostalgia y de amor, chocar de copas cristalinas. Correrá el vino jubilosamente, y la embriaguez hará turbias las pupilas de las mujeres. Se cantará, se reirá, se amará. Y en la fiesta estará ella, la princesa Irene, la mujer más bella de Rusia, la obsesión quemante de Rasputin en estas horas que preceden a la de la cita.

En la espera dulcemente angustiosa del momento, Rasputin va de un lado para otro de la estancia; se sienta unos instantes en el lecho para volverse a levantar; se acerca a los cristales de una ventana pequeña. Nieva tenazmente. La ciudad es de un blanco unánime, helado. De vez en cuando, las campanadas de los relojes de Petrogrado resuenan largamente en el silencio profundo de la noche.

Presentimientos

En algunos momentos, esa espera impaciente y frenética de Rasputin se ve turbada por nubes de presentimientos sombríos. La visión de la muerte se alza ante él. Desde hace días hay algo extraño que le atenaza el espíritu. Cartas anónimas, avisos misteriosos, palabras que surgen de la sombra anunciándole un peligro cercano. ¿Se habrá eclipsado su buena estrella de siempre? ¡Bah! El desafío y venció siempre al peligro. Triunfó de todas las asechanzas. Se impuso a los hombres y embrujó a las mujeres. El sabría ahora, también, salir indemne de cuanto contra él se pudiese tramar.

No le abandonaba, sin embargo, una rara sensación de malestar, mezclándose a su deseo de verse cuanto antes en el palacio. Así, en esa doble sensación de esperanza voluptuosa y de vaga inquietud, pasan las horas para él en ese largo día de invierno. En su estancia, una lamparilla da una luz de sangre a un icono y proyecta un reflejo rojizo sobre una blanca blusa—tendida sobre el lecho—que habían bordado las manos de la emperatriz.

Visitas en el día de nieve

Aquella misma tarde—la nieve no había dejado de caer—habían llegado a él nuevas voces de temor. Fué primero Ania Virubowa, que le suplicó trémulamente que no fuese a la cita en casa del príncipe Yussupov. La mujer razonó, lloró, se abrazó a sus piernas. Todo inútil. En el pensamiento de Rasputin vivía, obsesivamente, la imagen de la princesa Irene.

Fué, después, la visita de Protopopov, el ministro del Interior. Idéntica porfía para que no acudiese a la invitación aquella. Palabras y más palabras, que Rasputin rebatía, encolerizándose a veces. Protopopov tuvo también, como Ania Virubowa, que darse por vencido. Se levantó para marcharse. Aún, en la puerta, hizo una última advertencia. Un gesto desdeñoso y orgulloso fué la respuesta de Rasputin.

Hacia la muerte

Se acerca la hora. La visión de una aventura próxima, más apasionante que ninguna otra, tortura voluptuosamente su imaginación. Rasputin se arregla, perfila sus ropas. En un reloj han sonado ya las doce. Pero la calle está en silencio bajo la nieve. Ningún ruido delata la proximidad del coche en que vendrán a buscarle. Rasputin, para alejar aquella como sensación de presentimiento obscuro que le ensombrece la amable espera, bebe. Algo, de pronto, ha oído. ¿Un coche? Es, efectivamente, el ruido de un motor que va acercándose, apuñalando la quietud de la helada noche. Unos faros en la sombra, unos frenos que detienen el coche.

—¡Ya están ahí!...

Es el coche verde del príncipe Yussupov. Momentos después, unos golpes en la puerta, que el mismo Rasputin abre al príncipe. Este se justifica de la tardanza. Rasputin desecha su último temor. Ve en la mirada del príncipe una luz leal, confiada. Se disipan los últimos recelos. ¡Bah! Le espera una noche feliz. La imagen bellísima de la princesa Irene tira de él. Se oye la bocina del coche, que alguien toca desde fuera, como apremiando...

Habla el príncipe Yussupov:

—¡Vamos, vamos!...

Rasputin sale. Sigue cayendo la nieve. Rápidamente cruza de la casa al automóvil. Dentro, en la casa, una mujer se persigna y dice, en voz baja, dolorida:

—¡Sálvalo, Señor!... ¡Protégelo!...



Esa tristeza...

Esa indiferencia ante los juegos y alegrías de otros niños, no debe achacarse al carácter sino a la anemia que va invadiendo su organismo por falta de hierro, calcio y manganeso, elementos necesarios a todo ser, pero más a los niños por las exigencias de su desarrollo. A un niño triste y retraído hay que tonificarle con el **Jarabe de**

HIPOFOSFITOS SALUD

Es el reconstituyente que más seres débiles ha salvado. Dádselo a un niño depauperado y en pocos días recobrará el apetito, sentirá deseos de jugar, volverán a sus mejillas los colores rosados y se alejará de su organismo el peligro de la

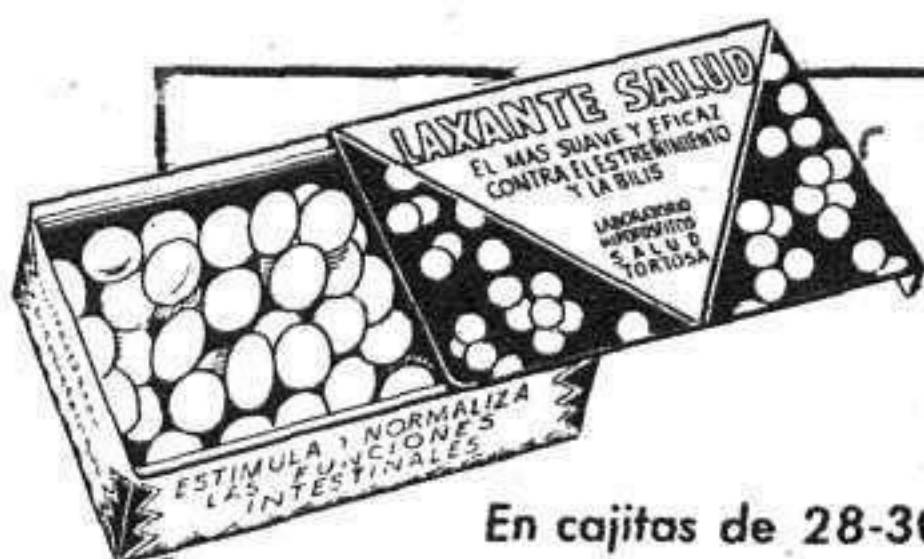
Desnutrición, Anemia, Raquitismo y Tuberculosis de los huesos.

El **Jarabe Salud** está aprobado por la Academia de Medicina. Puede tomarse en todas las épocas del año.

...Veo palpablemente que, aun en época del calor, mis niñas, gracias al **Hipofosfito Salud**, no se desnutren absolutamente nada, siendo como es este Jarabe un excelente preparado contra inapetencia y debilidad. —
Dr. Félix Alonso Herrero,
Médico. C. Fernández de los Ríos, 19. - Madrid



Frasco grande:
Ptas. 5,05
(timbre incluido).



En cajitas de 28-30 grageas. Ptas. 1,90
(timbre incluido).

LAXANTE SALUD

El Laxante Salud corrige el estreñimiento y es un antibiliar y un anticongestivo de primer orden. Su acción es suave, no produce irritación ni causa malestar. Pídase en farmacias.

¿Puede ser la mujer una espía perfecta?

Algunas espías a las que traicionó su corazón

La mujer, arma de dos filos en el espionaje

Los ingleses no quieren tener mujeres espías

No necesita apoyos ni razonamientos la afirmación, generalmente admitida, de que la mujer reúne excepcionales condiciones para el ejercicio del espionaje. Su belleza y su feminidad la dotan de armas poderosas, que, hábilmente manejadas, pueden lograr resultados de positiva eficacia en aquella peligrosa actividad.

Por esto se utiliza tanto a la mujer en los servicios de información secreta de los gabinetes extranjeros. En su astucia, en sus artes de seducción, se tiene una gran confianza. Sabido es que durante la Gran Guerra todos los Gobiernos utilizaron mujeres espías. Hubo, sin embargo, una excepción: la de Inglaterra. Sistemáticamente, la Gran Bretaña se abstiene de emplear a la mujer en esa clase de labor. Durante la Gran Guerra, por ejemplo, no hubo una sola espía al servicio del Gobierno inglés.

Francia y Alemania, en cambio, sí las utilizaron. La historia de aquella lucha mundial está llena de casos apasionantes de espionaje en torno a una figura central de mujer, que compraba y vendía secretos de guerra por dinero o por amor. En la mujer espía hay, no obstante, un gran obstáculo, que puede ser causa de traiciones y derrotas: su sexo, su sentimiento. Hay ocasiones en que la espía puede ser vencida por la mujer. El sentimiento del amor es en ella más fuerte que el de la patria o el del dinero y la ambición.

Así, Francia pudo convencerse, durante la contienda mundial, de que el empleo de la belleza y del atractivo femeninos contra el enemigo podía llegar a ser un arma de dos filos, que quizá se volviese contra los mismos que la empleaban. La mujer podía traicionar a la espía.

Una actriz francesa y un oficial alemán

Muchos casos confirmaron esto. Entre ellos, el de una actriz parisiense enviada a Bélgica—ocupada entonces por las fuerzas alemanas—por el Servicio de Informes Secretos de Francia. La actriz era de una gran belleza. Supo disimular perfectamente su verdadera personalidad, y ya en Bélgica quiso enamorar a un oficial alemán con objeto de arrancarle determinados informes que pudieran ser útiles a la actuación del Ejército francés.

Pero la enamorada fué ella. La espía no contó con su corazón, que pudo en ella más que todo. La mujer acabó revelando a su amante todos los secretos de la organización del espionaje francés. A consecuencia de ello, los alemanes pudieron detener fácilmente a más de sesenta agentes del Servicio de Espionaje enemigo. Por esto, en un momento crítico de la guerra, el Estado Mayor francés se vió privado de fuentes de información respecto de los planes alemanes. Cuando los ejércitos del Kromprinz atacaron Verdún, los franceses, por esa carencia de medios de información, se vieron completamente sorprendidos.

El caso de Olga Bruder

Claro es que para la espía existen riesgos evidentes. Entre ellos, el gran peligro que supone el abandono del servicio, y que la expone, naturalmente, a castigos severísimos.

Este fué el caso de Olga Bruder, una bella muchacha empleada en la Oficina Internacional de Servicios Secretos. Era ésta una institución semiprivada que funcionaba desde antes de la Gran Guerra en Bruselas, y que facilitaba informaciones secretas de carácter militar a cualquier país que quisiera utilizar sus servicios (y pagarlos, claro es).

Olga Bruder fué encargada por Alemania de adquirir los planos de una fortaleza rusa situada en la frontera con aquel país. Olga puso en la tarea que se le había confiado toda su astucia, toda su inteligencia, todas sus artes de mujer. Obtuvo un éxito completo. Allí estaban, testimoniándolo, los planos de la fortaleza.



Una trágica estampa de Verdún. Ante el ataque de los ejércitos del Kromprinz a esta ciudad, los franceses, por la carencia de medios de información, se vieron completamente sorprendidos. Un buen servicio de espionaje en aquellas horas críticas hubiese permitido al Estado Mayor francés conocer mejor los planes de sus enemigos

Pero, al mismo tiempo, supieron los que habían hecho este encargo que Olga había, durante su gestión, entablado relaciones amorosas con el jefe de la organización de espionaje de la frontera rusa. Se supo también que, contra todas las reglas del Servicio Secreto, había entrado en tratos con otros cuatro agentes que operaban igualmente en contra de Rusia. Esto era un verdadero peligro, porque Olga podía llegar a hacer traición a todos en favor de su amante ruso.

Al cabo de poco tiempo, en los periódicos venía la noticia de que una bella muchacha, Olga Bruder, se había suicidado en su cuarto de un hotel de Memel, ignorándose las causas que la habían llevado a tomar tan dramática resolución.

La realidad es que Olga había sido envenenada por los que temían que ella les traicionase.

Otra mujer muerta misteriosamente

Caso análogo al de Olga fué el de una bellísima viuda polaca, llamada Maroussia. Joven, inteligente, sensible. Su profesión era la de actriz. Había vivido muchos años en París, en algunos de cuyos teatros había trabajado. Dominaba el francés perfectamente.

En Francia trabajaba como espía en favor de los ale-

manes. El Servicio Francés de Contraespionaje sospechó de ella, y la hizo objeto de continuas vigilancias y persecuciones. Ello sin embargo, lograba salir indemne de todos los riesgos. Su vida era agitada, incierta, acosada constantemente por el peligro.

Actuaba últimamente en Suiza. Un día apareció muerta en su propio lecho. Todos los signos, todas las investigaciones confirmaron que se trataba de un suicidio.

Otra era, sin embargo, la verdad. Su muerte se debía a otros compañeros suyos de espionaje, que temían que Maroussia descubriese secretos de la organización alemana al cónsul francés de Lausana, por quien ella parecía estar interesada ahora.

¿Puede, por todo esto, ser la mujer una perfecta espía? ¿Deben ser empleados con absoluta confianza sus servicios, o tiene razón Inglaterra al no quererlos utilizar? La espía tiene su pro y su contra. Su sexo es, para el servicio que se la encomienda, una ventaja y un inconveniente al mismo tiempo. Lo que ella, como mujer, puede llegar a conseguir, como mujer, también, puede llegar a perderlo. Será siempre una perfecta espía, desde luego. Pero mientras no la traicione el corazón.

Historias de espionaje

La vida, la belleza y la muerte de Despina Davidovitch

¿Por quién fué muerta la bellísima espía turca?

BELLEZA, seducción, astucia, finas artes de mujer: ésta era Despina Davidovitch, una de las espías que en la Gran Guerra estuvieron al servicio de Alemania. Su hermosura extraordinaria, su fascinación sobre los hombres, la hicieron vivir una vida de novela, llena de intrigas y de aventuras, tutelada al mismo tiempo por el lujo y por el peligro. A su paso, la pasión y el drama surgían constantemente. Varias fortunas rodaron a sus pies. Hubo hombres que vendieron secretos de guerra y de Estado bajo el maleficio de aquellos ojos profundos. Ella era siempre la encarnación suprema de la Mujer, con toda su diabólica tentación, con todo su dulce y terrible poderío.

Una misma mujer con nombres distintos

¿Quién era Despina Davidovitch? ¿De dónde procedía? ¿Cuál era la verdad de su vida? Nadie, en realidad, supo esto durante los años en que triunfó su gran belleza. Sólo después de su muerte pudieron conocerse su nombre verdadero, los datos ciertos de su personalidad y los hechos de su vida folletinesca.

Había nacido en Constantinopla. Tenía un espíritu de una gran finura y poseía una cultura extensa. Hablaba varios idiomas: con la misma seguridad y la misma facilidad del suyo propio. En Constantinopla fué conocida por un francés adinerado, que se enamoró apasionadamente de ella y la pidió en matrimonio. La muchacha, cuando se casó, tenía solamente diez y siete años.

Empezó la guerra. El matrimonio residía entonces en Turquía, donde frecuentemente se veía a la mujer con algunos alemanes. Esto, algunos otros detalles de su conducta, hicieron sospechar al marido. Y sacrificó al amor en bien de la patria. Se divorció de su esposa, aunque la separación le costó lágrimas de una pena profunda.

A partir de esta separación, Despina empezó a viajar, con nombres distintos, por las grandes capitales del mundo. Permanecía en ellas temporadas más o menos largas. Sabía transformar prodigiosamente su belleza y crearse cada vez una personalidad nueva. En París era madame Mezie; en Londres y en Madrid, madame Hesketch; en Roma recuperó su nombre de soltera—Davidovitch—; en Washington era la baronesa de Belleville.

La espía, en España

Hacía siempre una vida de alta sociedad. La envidiaban las mujeres, la cortejaban los hombres. Y desaparecía súbitamente cuando había obtenido los informes deseados o cuando comprendía que sus relaciones demasiado frecuentes con diplomáticos o funcionarios públicos podían hacer sospechar sus manejos.

En el tercer año de guerra, la bellísima turca estaba en España. En los altos ambientes sociales de Madrid se la veía siempre acompañada por dos extraños personajes, de los que nunca llegó a conocerse exactamente la verdadera personalidad. Los acompañantes eran una mujer—ni fea ni bonita, de unos treinta años de edad—y un hombre alto, de pelo canoso, que se hacía llamar *el Barón*. ¿Un familiar? ¿Un protector? ¿Un amante? Nunca se supo la verdad del lazo que la unía a este hombre.

Los agentes del Servicio Inglés de Contraespionaje sospecharon de Despina por las constantes visitas que recibía de un diplomático—de la Embajada de un país neutral—, de quien al mismo tiempo se sabía que estaba en relación estrecha e íntima con los representantes de los Imperios Centrales. Inquietaba también a los agentes ingleses la procedencia del fabuloso dinero con que la mujer sostenía su fantástico tren de vida.

Los ingleses pudieron comprobar un día la certeza de sus sospechas. En la sobremesa de una comida celebra-

da en un palacio de Madrid charlaron animadamente la bella espía y un español conocido por sus actividades en relación con el espionaje alemán. Alguien, detrás de los tapices que adornaban la estancia, oyó la conversación: era un agente inglés, que pudo comprobar plenamente el papel que aquella mujer desempeñaba.

El salto a Nueva York

No bastaba, sin embargo, esto. Había que desenmascarar totalmente a la espía, sin precipitaciones que pudieran comprometer el éxito completo y definitivo. A partir de aquel momento se la vigiló rigurosamente. Se intervino toda su correspondencia, tanto la que recibía como la enviada por ella. La mujer lo advirtió. Llegaban las cartas con un inexplicable retraso. Sintiendo descubierta, una mañana desapareció misteriosamente, sin dejar huella. Al mismo tiempo desaparecieron *el Barón* y la mujer acompañante.

No se supo de ellos durante varias semanas. Se supo, por fin, que estaban en Nueva York, alojados en tres diferentes hoteles y fingiendo desconocerse. Se reunían clandestinamente en una de las avenidas cercanas al pequeño lago del Central Park.

Despina Davidovitch era ahora la baronesa de Belleville. Para ocultar más su personalidad verdadera iba con una peluca rubia, tras la que ocultaba su espléndida cabellera de ébano. Mas los agentes ingleses la seguían de cerca. Llamaban la atención sus sospechosas andanzas, sus excentricidades, sus gastos fabulosos, la insistencia con que se empeñaba en penetrar en determinados lugares.

Se llegó a identificarla totalmente. Y se supo que en uno de los grandes establecimientos bancarios de Nueva York tenía una caja de seguridad, en la que guardaba papeles posiblemente de interés. Estos papeles llegaron a ser conocidos de los agentes ingleses: había entre ellos documentos de una gran importancia y legajos de correspondencia cifrada, procedentes de distintas capitales.

La culpabilidad de la espía estaba, por tanto, plenamente demostrada. Se debía proceder a su detención. Alguien, sin embargo, supo avisarla oportunamente. Y ella y sus dos acompañantes desaparecieron una vez más.

La prisión de los tres personajes

Marcharon a Washington. Pocas horas después de su llegada fueron detenidos por la Policía americana, que

se había puesto a disposición de los agentes británicos. La primera labor de las autoridades fué descubrir la procedencia de los fondos de que tan espléndidamente disponían los tres personajes e identificar la verdadera personalidad de éstos.

El Barón dijo que era hijo de padres franceses, ya fallecidos, de los que había heredado una fortuna que le permitía entregarse a su afición favorita: la de viajar.

La otra acompañante declaró que era modista y que ganaba, por término medio, unos cien dólares semanales. Mas cuando se la invitó a que facilitase los nombres y las direcciones de sus clientes, no pudo satisfacer esta curiosidad de sus interrogadores.

La falsa baronesa de Belleville—ahora ya sin su decorativa peluca rubia—tenía en la prisión un continente duro y altivo. Se obstinaba en no dar informes sobre el origen de su fortuna. Todo lo que de ella se pudo obtener es que esos recursos se debían a la generosidad de sus amantes.

La justicia norteamericana no creyó, naturalmente, esta explicación pueril. Y retrasaba deliberadamente la vista de la causa, con la esperanza de llegar a conseguir, si no la confesión completa—por otra parte innecesaria, dada la cantidad y la calidad de las pruebas acumuladas—, alguna información interesante acerca de la organización del espionaje alemán.

Un final de tragedia

Todos los esfuerzos para lograr de ella revelaciones en este sentido fueron inútiles. Despina Davidovitch estaba encerrada en un mutismo absoluto. Nadie lograba arrancarle alguna palabra que tuviese el menor interés.

Una mañana, uno de los guardianes de la prisión, al hacer la diaria requisa, encontró a la mujer tendida e inanimada en la celda. Dió aviso inmediatamente a los médicos de la prisión. Se la trasladó a la enfermería, se la cuidó presurosamente. Todo era tardío ya. La mujer, sin haber proferido una sola palabra, moría unos instantes después.

El suceso apasionó profundamente a la opinión norteamericana. Durante muchos días se habló de ello continuamente. La bellísima turca había muerto envenenada. Pero, ¿por quién y por qué? Todas las hipótesis, todos los comentarios danzaron en torno a la muerte extraña de Despina Davidovitch, la fascinadora.

Quizá sólo una persona hubiese podido dar la clave de aquella muerte misteriosa: el conde de Bernstorff, embajador alemán en Washington.

El Batallón de la Muerte desfila por las calles de Barcelona

El Batallón de la Muerte, de reciente creación, desfiló por las calles de Barcelona, donde el numeroso público allí congregado le tributó calurosas ovaciones por la perfecta disciplina con que las fuerzas marcharon. He aquí al abanderado de la nueva unidad del Ejército Popular

(Fot. Torrents)





de la guerra—sigue siendo «el mejor amigo del hombre». Hasta en la guerra—durante la europea se demostró cumplidamente—, el perro es un auxiliar poderoso, un colaborador leal. Con sus mochilas conteniendo órdenes y consignas, se filtraban en la noche por entre las líneas enemigas y llevaban el parte que podía ser decisivo en una operación bélica.

Y en la retaguardia, en la población civil, ¡es tan poco costoso el sostenimiento de un perro! ¿A qué obedece, pues, esa especie de abandono colectivo, ese desamor súbito hacia los perros? Y, sobre todo, no hay razón ninguna que justifique esa cacería nocturna, esa inmolación de vidas caninas, que no puede tener más signo que el de la ignorancia. Mueren perros en Madrid sin necesidad, sin que a ese tácito y continuo exterminio le acompañe ninguna razón científica, ni higiénica ni moral.



Se ven ahora en las calles de Madrid muchos perros que, abandonados de sus dueños, husmean entre las basuras, recorren como bohemios hambrientos los mercados y van, como pilluelos del arroyo, buscando su pan a merced de la compasión ajena...

(Fots. Videca)

El pequeño drama de "El mejor amigo del hombre"

Es de Antonio Palomero esta definición: «El perro es el mejor amigo del hombre; sobre todo, porque no le pide dinero prestado.» Seriamente, ningún otro animal iguala en nobleza, en lealtad, en «amor humano», a los canes. El gato, pese a su habitual domesticidad, sigue siendo un tigre en miniatura. Es ingrato, huraño, comodón y egoísta; salvo su proclividad a las excursiones nocturnas de golfería por los tejados, el gato es un animal burgués, rencoroso, de refinamientos concupiscentes. Por eso es el juguete grato a las solteras menopáusicas y a las rentistas viejas esquivas al amor.

Preguntarás, lector, que a qué viene, en estos dramáticos días de la guerra, esta disquisición sobre la psicología animal, que Faure desentrañó de modo prodigioso. Pues, simplemente, para decirte que en este Madrid



único de nuestras glorias y nuestros pecados, la vida del perro, del «mejor amigo del hombre», está pasando por vicisitudes dramáticas.

Se observa en todas las rúas de la capital una abundancia extraordinaria de perros. Perros que, abandonados por sus dueños, husmean entre las basuras, recorren como bohemios hambrientos los mercados y van, como pilluelos del arroyo, buscando su pan a merced de la compasión ajena.

Se ven, en efecto, ejemplares magníficos, de esos que antaño eran vanidad y lujo de poderosos, deambular, abandonados, tras los camiones de la limpieza pública y entre los carros que aun subsisten de los traperos. Mastines, bull-dogs, lobos de pura raza, hasta auténticos galgos decorativos, los que antes eran sólo decoración y prestigio de ricos, se ven ahora abandonados, trahumantes, expuestos a todas las inclemencias del arroyo.

Pues no es esto lo peor, el acto más triste de la actual existencia de «los amigos del hombre». Lo peor es que no sabemos a título de qué absurdo prejuicio, superstición o malevolencia, se ha organizado en Madrid, subrepticamente, tácitamente, la caza cruenta del perro. La Censura permitirá que se airee esta verdad pequeña, aunque un poco triste: se está matando a los perros callejeros de Madrid. Muchos de los disparos nocturnos que atruenan las noches madrileñas obedecen a esa irreflexiva cacería dramática... ¿Cuál clase de miedo inspiran—irrazonablemente—los perros? No hay razón ninguna para mirar al perro como a un enemigo. Ni en el aspecto económico, ni bajo el aspecto de la higiene pública. El perro—a pesar

Acabemos con esa cruzada anónima. Seamos, demostrando amor a los animales, «más humanos». No es una paradoja. Cuidando del árbol y de la flor, del niño y del animal, se educa la sensibilidad del hombre. La guerra no tiene por qué combatir ese concepto. La guerra es dura, la guerra es cruel. Pero el hombre que la hace —y todos la hacemos, cada uno a nuestra manera— no puede olvidar su capacidad sentimental, protectora, pacífica. Tiros en las trincheras y frente al enemigo; pero no contra los animales pacíficos. El fusil, para el campo de batalla, y no para la calle.

Respetando al árbol y al perro, dando en la retaguardia esa prueba de sensibilidad y de cultura, se lucha tan gallarda y eficazmente, y con tan buen fruto, como disparando un fusil en las trincheras.

A. R.

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

A BUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

TAQUIGRAFIA, por Martín Ezala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Quinta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

EL DOLOR

NO HACE ESTRAGO ALGUNO A LO QUE POR SABIA PRECAUCIÓN TIENEN EN CASA UN FRASCO DE

CEREBRINO MANDRI

ESPECIALIDAD NACIONAL

USOS

Una cucharadita con agua UNA, DOS o TRES veces, vence todo dolor. El reumatismo febril cura tomándolo TRES o CUATRO veces, repartidas durante el día. En el dolor crónico, tomado en ayunas, OCHO o DIEZ días en cada mes.

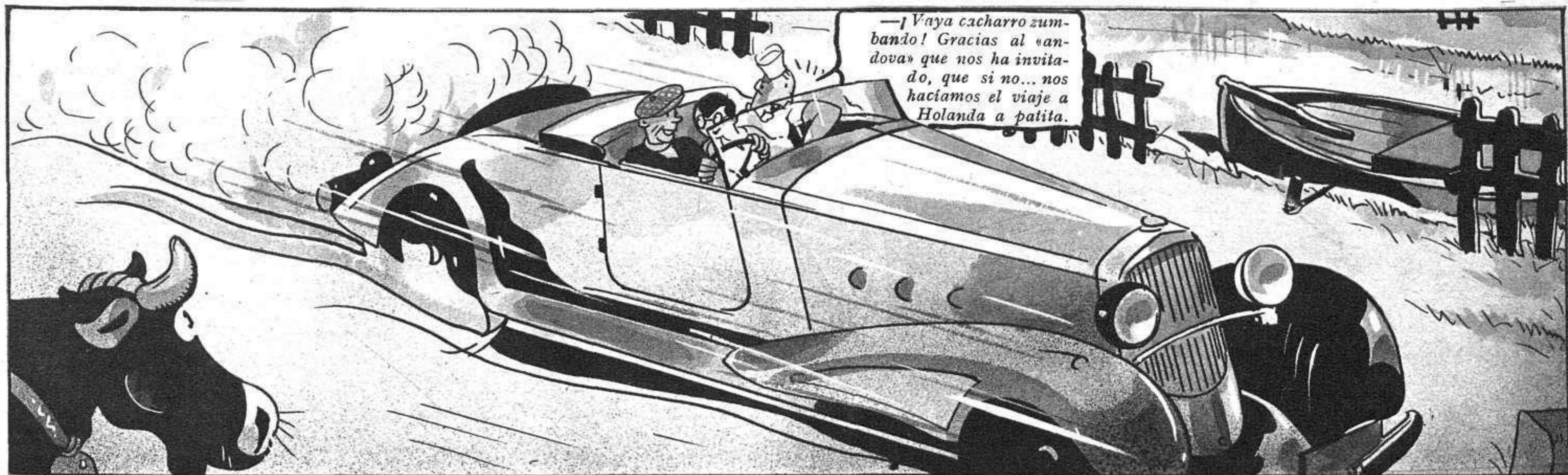
Solicite prospecto al

LABORATORIO MANDRI

Provenza, 203 BARCELONA

Conservas **TREVIJANO**

LA VUELTA AL MUNDO de COLÁS Y BARULLO



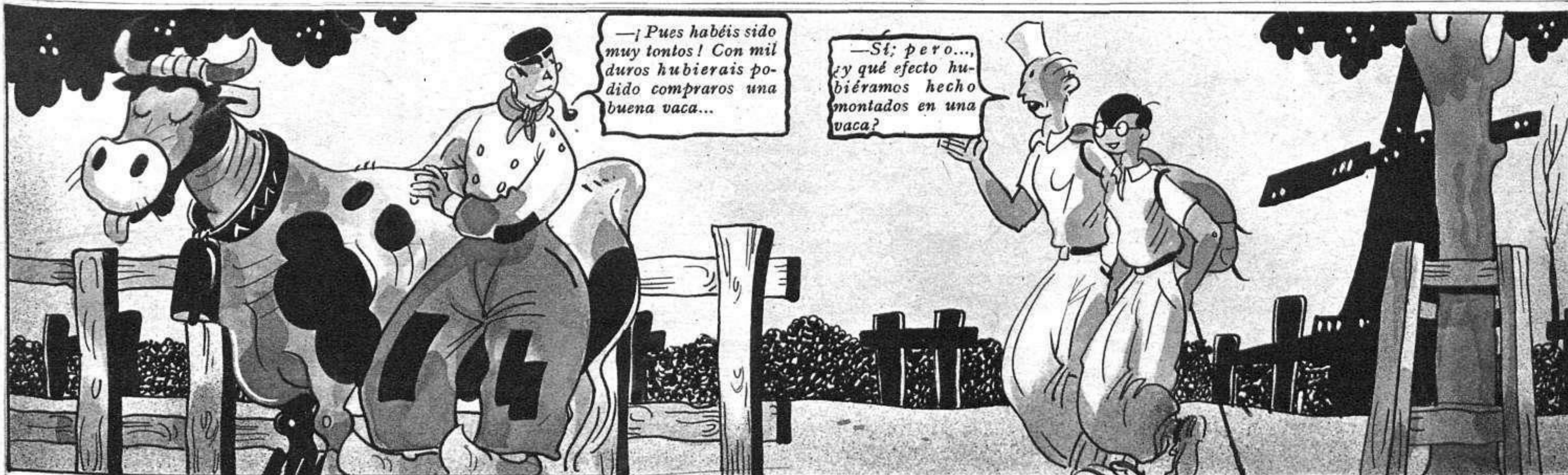
— ¡Vaya cacharro zum-
bando! Gracias al «an-
dova» que nos ha invita-
do, que si no... nos
hacíamos el viaje a
Holanda a patita.



— ¡Qué buen
coche tenéis!
¿Es vuestro,
muchachos?

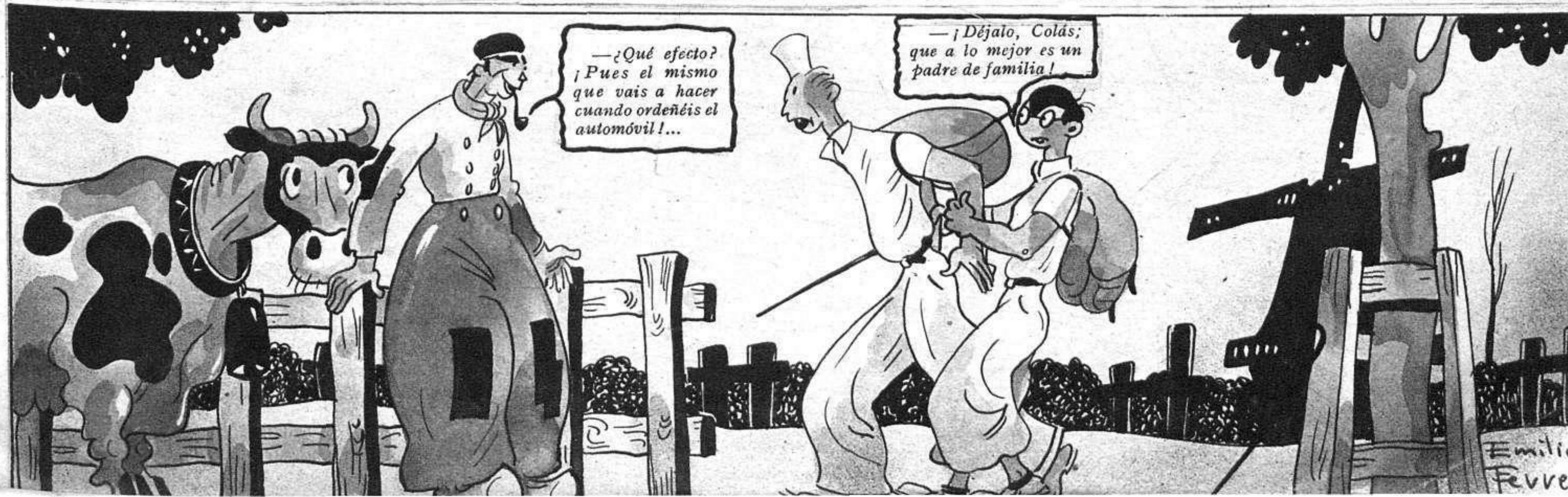
— Este
es el de los
martes.

— Nos
cuesta mil
duros.



— ¡Pues habéis sido
muy tontos! Con mil
duros hubierais po-
dido compraros una
buena vaca...

— Sí; pero...
¿y qué efecto hu-
biéramos hecho
montados en una
vaca?



— ¿Qué efecto?
¡Pues el mismo
que vais a hacer
cuando ordeñéis el
automóvil!...

— ¡Déjalo, Colás;
que a lo mejor es un
padre de familia!



LAS "STAJANOVISTAS" DE MADRID

Esta obrera de una industria de guerra, como todas las de su fábrica, ha aumentado voluntariamente su jornada de trabajo en favor de la causa popular

(Fot. Vide)

(Véase en el interior del número la información correspondiente)